

tar compañía; y decía que, siendo compañeros, era también él gobernador; y así, podría mandar y disponer de todo como le pluguiese. Mas aun con todo esto no se aplacaba nada Diego de Almagro. Tanto era su odio, ó queja que con razón le parecía tener, y creyendo que todo era palabras de cumplimiento é imposible, y como tenía en su poder la poca hacienda que había quedado, hacía padecer mucha necesidad á los Pizarros, que traían grande costa y pocos dineros. Fernando Pizarro, que mayor de todos era, sentía mucho aquello, tomando por afrenta que Almagro los tratase así. Reprehendió al Gobernador, su hermano, porque lo sufría, é indignó á los otros hermanos y á muchos contra él. De donde nació un perpetuo rancor entre Almagro y Fernando Pizarro, que sus hermanos mas blandos y amorosos eran. Francisco Pizarro deseaba mucho tornar en gracia de Almagro, porque sin él no podía ir á su gobernación tan presto, ni tan honrosa ni provechosamente, y buscó medios para la reconciliación. Entruvieron en ella muchos, especial de los nuevamente venidos de España, que ya se habían comido las capas, y concertáronlos en fin con medios de Antonio de la Gama, juez de residencia. Almagro dió setecientos pesos y las armas y vituallas que tenía, y Pizarro se partió con los mas hombres é caballos que pudo, en dos navíos. Tuvo contrario viento para llegar á Túmbez, y desembarcó en la tierra propiamente del Perú; de la cual tomaron nombre las grandes y ricas provincias que se descubrieron y conquistaron, buscando á ella sola. Quien primero tuvo nueva del río Perú fué Francisco Becerra, capitán de Pedrarias de Avila; que partiendo de Comagre con ciento y cincuenta españoles, llegó á la punta de Piñas; mas volvióse de allí, porque los del río Jumeto le dijeron que la tierra del Perú era áspera, y la gente helicosa. Algunos dicen que Balboa tuvo relación de cómo aquella tierra del Perú tenía oro y esmeraldas. Sea así ó no sea, es cierto que había en Panamá gran fama del Perú cuando Pizarro y Almagro armaron para ir allá. Era tan mala tierra donde Pizarro salió, y llevaba ojo á la de Túmbez, que no paró allí. Siguió la costa por tierra; que, como es áspera, se despeaban en ella hombres é caballos. E como tiene muchos ríos, á la sazón crecidos, se ahogaron algunos que no sabían nadar, y aun Francisco Pizarro, según cuentan, pasaba los enfermos á cuestras; que muchos adolecieron luego con la mudanza de aires y falta de comida. Andando así, llegaron á Coaque, lugar bien proveído y rico, donde se refrescaron asaz cumplidamente, y hubieron mucho oro y esmeraldas; de las cuales quebraron algunas para ver si eran finas, porque hallaban también muchas piedras falsas de aquel mismo color. Apenas habían satisfecho al cansancio y hambre, cuando les sobrevino un nuevo y feo mal, que llamaban berrugas, aunque, según atormentaban y dolían, eran bubas. Salían aquellas berrugas ó pupas á las cejas, narices, orejas é otras partes de la cara y cuerpo, tan grandes como nueces, y muy sangrientas. Como era nueva enfermedad, no sabían qué hacerse, y renegaban de la tierra y de quien á ella los trajo, viéndose tan feos; pero como no tenían en qué tornarse á Panamá, sufrían. Pizarro, aunque sentía la dolencia y

muertes de sus compañeros, no dejó la empresa. Antes envió veinte mil pesos de oro á Diego de Almagro para que le enviase de Panamá y de Nicaragua los mas hombres, caballos, armas y vituallas que pudiese, y para abonar la tierra de su conquista, que tenía ruin fama. Caminó tras este despacho hasta Puerto-Viejo, á veces peleando con los indios y á veces rescatando. Estando allí vinieron Sebastian de Benalcázar y Juan Fernandez, con gente y caballos, de Nicaragua; que no poca alegría y ayuda fueron para pacificar aquella costa de Puerto-Viejo.

La guerra que Francisco Pizarro hizo en la isla Puna.

Dijeron á Francisco Pizarro sus lenguas, que eran Filipe y Francisco, natural de Pohechos, cómo cerca de allí estaba Puna, isla rica, aunque de hombres valientes. Pizarro, que tenía ya muchos españoles, acordó ir allá, y mandó á los indios hacer balsas en que pasar los caballos y aun hombres. Son las balsas hechas de cinco ó siete ó nueve vigas largas y livianas, á manera de la mano de un hombre, porque la madera de medio es mas larga que las otras por entrambas partes, y cada una de las otras es mas corta cuanto mas al cabo está. Van llanas y atadas, y es ordinario navegar en ellas. Al pasar de tierra á la isla quisieron los indios cortar las cuerdas á las balsas y ahogar los cristianos, según á Pizarro avisaron sus farautes; y así, mandó á los españoles que llevasen desenvainadas las espadas, por meter miedo á los indios. Fué Pizarro bien y pacíficamente recibido del gobernador de Puna; mas no mucho después ordenó de matar los españoles por lo que hacían en las mujeres y ropa. Pizarro lo prendió luego que lo supo, sin alboroto ninguno. Los isleños cercaron otro día en amaneciendo el real de cristianos, amehazándolos de muerte si no les daban su gobernador y hacienda. Pizarro ordenó su gente para la batalla y envió corriendo ciertos de caballo á socorrer los navíos, que también los indios combatían en sus balsas. Pelearon los indios, como esforzados que eran, por cobrar su capitán y ropa; empero fueron vencidos, quedando muchos dellos muertos y heridos. Murieron también tres ó cuatro españoles, y quedaron heridos muchos, y peor que ninguno Fernando Pizarro en una rodilla. Con esta victoria hubieron mucho despojo en ropa y oro; la cual repartió luego Pizarro entre los que tenían, porque después no pidiesen parte dello los que venían de Nicaragua con Fernando de Soto. Comenzaron tras esto á enfermar los españoles, como la tierra los probaba, á cuya causa y porque se andaban los isleños con balsas entre los manglares sin hacer paz ni guerra, determinó Pizarro de ir á Túmbez, que cerca estaba; pero antes que digamos lo que le avino allá, es bien decir algo desta isla, pues en ella tuvo Pizarro la primera nueva de Atabaliba. Puna boja doce leguas, y está de Túmbez otras tantas. Estaba llena de gente, de ovejas cervales y de venados. Eran los hombres amigos de pescar y de cazar; eran esforzados, y en la guerra diestros y temidos de sus comarcas. Peleaban con hondas, porras, varas arrojadas, hachas de plata y cobre, lanzas con los hierros de oro. Visten algodón de muchas colores. Ellos traen por caperuzas unas made-

jas de color y muchas sortijas, cercillos y joyas de oro y piedras finas, como sus mujeres. Tenían muchas vasijas de oro y plata para su servicio. Una novedad hallaron en Puna harto inhumana, de que usaba el Gobernador como celoso, que cortaba las narices y miembro, y aun los brazos, á los criados que guardaban y servían sus mujeres.

Guerra de Túmbez y población de Sant Miguel de Tangarara.

Halló Pizarro en la Puna mas de seiscientos personas de Túmbez cativas, que, según pareció, eran de Atabaliba; el cual, guerreando el año atrás aquella tierra contra su hermano Guaxcar, quiso ganar la Puna. Juntó muchas balsas en que pasar á ella con gran ejército. El gobernador que allí estaba por Guaxcar, jingá y señor de todos aquellos reinos, armó todos los isleños y una gran flota de balsas. Salióle al encuentro y dióle batalla, y vencióla, como eran los suyos mas diestros en mar que los enemigos, ó porque Atabaliba fué mal herido en un muslo peleando, y convínole retirarse, y luego irse á Caxamalca á curar y á juntar su gente para ir al Cuzco, donde su hermano Guaxcar estaba con gran ejército. El gobernador de Puna, de que supo su ida, fué á Túmbez y saqueólo. No desplugo nada á Pizarro ni á sus españoles la disensión y revuelta entre los hermanos y reyes de aquellas tierras; y habiendo de pasar á ellas, quisieron ganar la voluntad y amistad del Atabaliba, que mas á mano les caía, y enviaron á Túmbez los seiscientos cativos, que prometían hacer mucho por ellos; mas como se vieron libres, pospusieron la obligación de su libertad, diciendo cómo los cristianos se aprovechaban de las mujeres y se tomaban cuanta plata y oro topaban, y lo hacían barrillas; con lo cual indignaron el pueblo contra ellos. Embarcóse pues Pizarro en los navíos para Túmbez; envió delante tres españoles con ciertos naturales en una balsa á pedir paz y entrada. Los de Túmbez recibieron aquellos tres españoles devotamente, ca luego los entregaron á unos sacerdotes que los sacrificasen á cierto ídolo del sol, llamado Guaca; llorando, y no por compasión, sino por costumbre que tienen de llorar delante la Guaca, y aun guaca es lloro, y guay voz de recién nacidos. Cuando los navíos llegaron á tierra no había balsas para salir, que las trasportaron los indios como se pusieron en armas. Salió Pizarro á tierra en una balsa con otros seis de caballo, que ni hubo lugar ni tiempo para mas; y no se apearon en toda la noche, aunque venían mojados, como andaba mareta, y se les trastornó la balsa al tomar tierra, no la sabiendo regir. Otro día salieron los demás á placer, sin que los indios hiciesen mas de mostrarse, y volvieron los navíos por los españoles que habían quedado en Puna, y Francisco Pizarro corrió dos leguas de tierra con cuatro de caballo, que no pudo haber habla con ningún indio. Asentó real sobre Túmbez, é hizo mensajeros al capitán, rogándole con la paz y amistad; el cual no los escuchaba; y hacían burla de los barbudos, como eran pocos; y dábales cada día mil rebates con los del pueblo, y mataba con los que fuera tenía los indios de servicio, que por yerba y comida salían del real sin recibir daño ninguno. Pizarro hubo ciertas balsas, en que

pasó el río con cincuenta de caballo una noche, sin que fuese de los enemigos sentido. Anduvo por mal camino y espesura de espinas, y amaneció sobre los enemigos, que descuidados estaban en su suerte. Hizo gran daño y matanza en ellos y en los vecinos por los tres españoles que sacrificaron. El Gobernador entonces vino de paz, y se le dió por amigo, y aun dió un gran presente de oro y plata y ropa de algodón y lana. Pizarro, que tan bien había acabado esta guerra, pobló á Sant Miguel en Tangarara, riberas de Chira. Buscó puerto para los navíos, que fuese bueno, y halló el de Paita, que es tal. Repartió el oro, y partióse para Caxamalca á buscar á Atabaliba.

Prision de Atabaliba.

Viendo Pizarro tanto oro y plata por allí, creyó la grandísima riqueza que le decían del rey Atabaliba; y concertando las cosas de la nueva ciudad de Sant Miguel y sus pobladores, se partió á Caxamalca. Atrajo de paz en el camino los pueblos que llaman Poliechos, por medio de Filipillo y de su compañero Francisquillo, que eran de allí, y sabían español. Entonces vinieron ciertos criados de Guaxcar á pedir su amistad y favor contra Atabaliba, que tiránicamente se le alzaba con el reino, y le prometieron grandes cosas si lo hacía. Pasaron nuestros españoles un despoblado de veinte leguas sin agua, que los fatigó. En subiendo la sierra tomaron un mensajero de Atabaliba, que dijo á Pizarro se volviese con Dios á su tierra en sus navíos, y que no hiciese mal á sus vasallos ni les tomase cosa ninguna, por los dientes y ojos que traía en la cara; y que si así lo hiciese, le dejaría ir con el oro robado en tierra ajena, y si no, que lo mataría y despojaría. Pizarro le respondió que no iba á enojar á nadie, cuanto mas á tan grande príncipe, y que luego se volviera á la mar como él lo mandaba, si embajador no fuera del Papa y del Emperador, señores del mundo; y que no podía, sin gran vergüenza suya y de sus compañeros, volverse sin verle y hablarle á lo que venía, que eran cosas de Dios y provechosas á su bien y honra. Atabaliba vió por esta respuesta la determinación que los españoles llevaban de verse con él por mal ó por bien; pero no hacia caso dellos por ser tan pocos, y porque Maicabelica, señor entre los pohechos, le había hecho cierto que los extranjeros barbudos no tenían fuerzas ni aliento para caminar á pié ni subir una cuesta sin ir encima ó asidos de unas grandes pacos, que así llamaban á los caballos, y que ceñían unas tablillas relucientes, como las que usaban sus mujeres para tejer. Esto decía Maicabelica, que no había probado el corte de las espadas, y presunía de gran corredor, ejercicio y prueba de indios nobles y esforzados; empero otra cosa publicaban los heridos de Túmbez que en la corte estaban; así que Atabaliba tornó á enviar otro mensajero á ver si caminaban todavía los barbudos y á decir al capitán que no fuese á Caxamalca si amaba la vida. Respondió Pizarro al mensajero cómo no dejaría de llegar allá. Entonces el indio le dió unos zapatos pintados y unos puñetes de oro, que se pusiese, para que Atabaliba, su señor, lo conociese cuando á él llegase; señal, á lo que se presumió, para le mandar prender ó matar sin tocar en los

demás. El los tomó, é dijo riendo que así lo haría. Llegó Pizarro con su ejército á Caxamalca, y á la entrada le dijo un caballero que no se aposentase hasta que lo mandase Atabaliba; mas él se aposentó sin volverle respuesta, y envió luego al capitán Hernando de Soto con algunos otros de caballo, en que iba Filipillo, á visitar á Atabaliba, que de allí una legua estaba en unos baños, y decirle cómo era ya llegado, que le diese licencia y hora de hablalle. Llegó Soto haciendo corbetas con su caballo, por gentileza ó por admiración de los indios, hasta junto á la silla de Atabaliba, que no hizo mudanza ninguna, aunque le resolló en la cara el caballo; y mandó matar á muchos de los que huyeron de la carrera y vecindad de los caballos; cosa de que los suyos escarmentaron, y los nuestros se maravillaron. Apeóse Soto, hizo gran reverencia y díjole á lo que iba. Atabaliba estuvo muy grave, y no le respondió dél á él, sino hablaba con un su criado, y aquel con Filipillo, que refiría la respuesta al Soto. Decían que se enojó del porque se llegó tanto con el caballo; caso de gran desacato para la gravedad de tan grandísimo rey. Fué luego Fernando Pizarro, y hablóle por ser hermano del capitán, respondiendo en pocas palabras á las muchas; y por conclusion dijo que sería buen amigo del Emperador y del capitán, si volviese todo el oro, plata y otras cosas que había tomado á sus vasallos y amigos, y se fuese luego de su tierra, y que otro día siguiente sería con él en Caxamalca para dar orden en la vuelta, y á saber quién eran el Papa y el Emperador, que de tan léjos tierras le enviaban embajadores y requirimientos. Fernando Pizarro volvió espantado de la grandeza y auctoridad de Atabaliba, y de la mucha gente, armas y tiendas que había en su real, y aun de la respuesta, que parecía declaración de guerra. Pizarro habló á los españoles, porque algunos ciscaban con ver tan cerca tantos indios de guerra; esforzándolos á la batalla con ejemplo de la vitoria de Túmbez y Puna. En esto y en aderezar sus armas y caballos pasaron aquella noche, y en asestar la artillería á la puerta del tambo por do había de entrar Atabaliba; y como día fué, puso Francisco Pizarro una escuadra de arcabuceros en una torre-cilla de ídolos que señoreaba el patio. Metió en tres casas á los capitanes Fernando de Soto, Sebastian de Benalcázar y Fernando Pizarro, que general era, con cada veinte de caballo; y él se estuvo á la puerta de otra con la infantería, que sin los indios de servicio serian hasta ciento y cincuenta. Mandó que ninguno hablase ni saliese á los de Atabaliba hasta oír un tiro ó ver el estandarte. Atabaliba animó también los suyos, que braveaban y tenían en poco los cristianos, y pensaban hacer dellos, si peleasen, un solemnísimo sacrificio al sol. Puso á su capitán Ruminagui con cinco mil soldados por la parte que los españoles les entraron en Caxamalca, por si huyesen, que los prendiese ó matase. Tardó Atabaliba en andar una legua cuatro horas: tan de reposo iba, ó por causar los enemigos. Venía en litera de oro, chapada y aforrada de plumas de papagayos de muchas colores, que traían hombres en hombros, y sentado en un tablon de oro sobre un rico cojín de lana, guarnecido de muchas piedras. Colgábale una gran borla colorada de lana finísima de la frente, que le cubría las

cejas y sienes, insignias de los reyes del Cuzco. Traía treientos ó mas criados con librea para la litera y para quitar las pajas y piedras del camino, y bailaban y cantaban delante, y muchos señores en andas y hamacas, por majestad de su corte. Entró en el tambo de Caxamalca, y como no vió los de caballo ni menear á los peones, pensó que de miedo. Alzóse en pie, y dijo: «Estos rendidos están.» Respondieron los suyos que sí, teniéndolos en poco. Miró á la torre-cilla, y enojado, mandó echar de allí ó matar los cristianos que dentro estaban. Llegó entonces á él fray Vicente de Valverde, dominico, que llevaba una cruz en la mano y su breviario, ó la Biblia como algunos dicen. Hizo reverencia, santiguóle con la cruz, y díjole: «Muy excelente Señor, cumple que sepais cómo Dios trino y uno hizo de nada el mundo y formó al hombre de la tierra, que llamó Adán, del cual traemos origen y carne todos. Pecó Adán contra su Criador por inobediencia, y en él cuantos después han nacido y nacerán, excepto Jesucristo, que siendo verdadero Dios, bajó del cielo á nacer de María virgen, por redimir el linaje humano del pecado. Murió en semejante cruz que aquesta, y por eso la adoramos. Resucitó al tercero día, subió dende á cuarenta días al cielo, dejando por su vicario en la tierra á sant Pedro y á sus sucesores, que llaman papas; los cuales habían dado al potentísimo rey de España la conquista y conversion de aquellas tierras; y así, viene agora Francisco Pizarro á rogaros seais amigos y tributarios del rey de España, emperador de romanos, monarca del mundo; y obedezcais al Papa, y rescibais la fe de Cristo, si la creyéredes, que es santísima, y la que vos teneis es falsísima. Y sabed que haciendo lo contrario vos darémos guerra y quitarémos los ídolos, para que dejeis la engañosa religion de vuestros muchos y falsos dioses.» Respondió Atabaliba muy enojado que no quería tributar siendo libre, ni oír que hubiese otro mayor señor que él; empero que holgaría de ser amigo del Emperador y conocerle, ca debía ser gran príncipe, pues enviaba tantos ejércitos como decían, por el mundo; que no obedecería al Papa, porque daba lo ajeno, y por no dejar á quien nunca vió, el reino que fué de su padre. Y en cuanto á la religion, dijo que muy buena era la suya y que bien se hallaba con ella; y que no quería ni menos debía poner en disputa cosa tan antigua y aprobada; y que Cristo murió, y el sol y la luna nunca murian, y que ¿cómo sabia el fraile que su Dios de los cristianos criara el mundo? Fray Vicente respondió que lo decía aquel libro, y dióle su Breviario. Atabaliba lo abrió, miró, hojeó, y diciendo que á él no le decía nada de aquello, lo arrojó en el suelo. Tomó el fraile su breviario, y fuése á Pizarro voceando: «Los evangelios en tierra; venganza, cristianos; á ellos, á ellos, que no quieren nuestra amistad ni nuestra ley.» Pizarro entonces mandó sacar el pendon y jugar la artillería, pensando que los indios arremeterian. Como la seña se hizo, corrieron los de caballo á toda furia por tres partes á romper la rueda de gente que al rededor de Atabaliba estaba, y alancearon muchos. Llegó luego Francisco Pizarro con los de pie que hicieron gran riza en los indios con las espadas á estocadas. Cargaron todos sobre Atabaliba, que toda-

via estaba en su litera, por prenderle, deseando cada uno el prez y gloria de su prision. Como estaba alto, no alcanzaban, y acuchillaban á los que la tenían; pero no era caído uno, que luego no se pudiesen otros y muchos á sostener las andas, porque no cayese á tierra su gran señor Atabaliba. Viendo esto Pizarro, echóle mano del vestido y derribólo, que fué rematar la pelea. No hubo indio que pelease, aunque todos tenían armas; cosa bien notable, contra sus fieros y costumbre de guerra. No pelearon, porque no les fué mandado, ni se hizo la seña que concertaran para ello, si menester fuese, con el grandísimo rebato y sobresalto que les dieron, ó porque se cortaron todos, de puro miedo y ruido que hicieron á un mismo tiempo las trompetas, los arcabuces y artillería y los caballos, que llevaban pretales de cascabeles para los espantar. Con este ruido pues y con la prisa y heridas que los nuestros les daban, huyeron sin curar de su rey. Unos derribaban á otros por huir, y tantos cargaron á una parte, que arrimados á la pared, derrocaron un lienzo della, por donde tuvieron salida. Siguiéronlos Fernando Pizarro y los de caballo hasta que anocheció, y mataron muchos dellos en el alcance. Ruminagui huyó también cuando sintió los truenos del artillería, que barruntó lo que fué, como vió derribado de la torre al que le tenía de hacer seña. Murieron muchos indios á la prision de Atabaliba, la cual aconteció año de 1533 y en el tambo de Caxamalca, que es un gran patio cercado. Murieron tantos porque no pelearon, y porque andaban los nuestros á estocadas, que así se lo aconsejaba fray Vicente, por no quebrar las espadas hiriendo de tajo y revés. Traían los indios morriones de madera, dorados, con plumajes, que daban lustre al ejército; jubones fuertes embastados, porras doradas, picas muy largas, hondas, arcos, hacelas y alabardas de plata y cobre y aun de oro, que á maravilla relumbraban. No quedó muerto ni herido ningun español, sino Francisco Pizarro en la mano, que al tiempo de asir de Atabaliba tiró un soldado una cuchillada para darle y derribarle, por donde algunos dijeron que otro le prendió.

El grandísimo rescate que prometió Atabaliba porque le soltasen.

Harto tuvieron que hacer aquella noche los españoles en alegrarse unos con otros de tan gran vitoria y prisionero, y en descansar del trabajo, ca en todo aquel día no habían comido, y á la mañana fueron á correr el campo. Hallaron en el baño y real de Atabaliba cinco mil mujeres, que aunque tristes y desamparadas, holgaron con los cristianos; muchas y buenas tiendas, infinita ropa de vestir y de servicio de casa, y lindas piezas y vasijas de plata y oro; una de las cuales pesó, según dicen, ocho arrobas de oro. Valió en fin la vajilla sola de Atabaliba cien mil ducados. Sintió mucho las cadenas Atabaliba, y rogó á Pizarro que le tratase bien, ya que su ventura así lo quería. E conociendo la codicia de aquellos españoles, dijo que daría por su rescate tanta plata y oro labrado, que cubriese todo el suelo de una muy gran cuadra donde estaba preso. Y como vió tercer el rostro á los españoles que presentes estaban, pensó que no le creían, y afirmó que les daría dentro de cierto tiempo tantas vasijas y otras piezas de oro y pla-

ta, que hinchiesen la sala hasta lo que él mismo alcanzó con la mano en la pared, por donde hizo echar una raya colorada al rededor de toda la sala para seña; pero dijo que había de ser con tal condicion y promesa que ni le hundiesen ni quebrassen las tinajas, cántaros, y vasos que allí metiese, hasta llegar á la raya. Pizarro lo conhortó y prometió tratarlo muy bien, y poner en libertad trayendo allí el rescate prometido. Con esta palabra de Pizarro despachó Atabaliba mensajeros por oro y plata á diversas partes, y rogóles que tornasen presto si deseaban su libertad. Comenzaron luego á venir indios cargados de plata y oro; mas como la sala era grande y las cargas chicas, aunque muchas, abultaba poco, y menos hinchian los ojos que la sala, y no por ser poco, sino por tardarse á repartir; y así, decían muchos que Atabaliba usaba de maña, dilatando su rescate por juntar entre tanto gente que matase los cristianos. Otros decían que por soltalle, y algunos que le matasen, y aun dice que lo hicieran, sino por Fernando Pizarro. Atabaliba, que se temía, cayó en ello, y dijo á Pizarro que no tenían razon de andar descontentos ni de acusarle, pues el Quito, Pachacama y Cuzco, de donde principalmente se había de traer el oro de su rescate, estaban léjos, y que no había quien mas prisa diese á su libertad que el mismo preso; y que si querian saber cómo en su reino no se juntaba gente sino á traer oro y plata, que fuesen á verlo y se llegasen algunos dellos al Cuzco á ver y traer el oro. Y como tampoco se confiaban de los indios con quien habían de ir, se rió mucho, diciendo que temían y desconfiaban de su palabra, porque tenía cadena. Entonces dijeron Hernando de Soto y Pedro del Barco que irían, y fueron al Cuzco, que hay docientas leguas, en hamacas, casi por la posta, porque se mudan los hamaqueros de trecho en trecho, y así como van corriendo toman al hombro la hamaca, que no paran un paso, y aquel es caminar de señores. Toparon á pocas jornadas de Caxamalca á Guaxcar, inga, que le traían preso Quizquiz y Calicuchima, capitanes de Atabaliba, y no quisieron volver con él, aunque mucho se lo rogó, por ver el oro del Cuzco. Fué también Fernando Pizarro con algunos de caballo á Pachacama, que cien leguas estaba de Caxamalca, por oro y plata. Encontró en el camino, cerca de Quachuco, á Illescas, que traía treientos mil pesos de oro y grandísima cuantía de plata para el rescate de su hermano Atabaliba. Halló Fernando Pizarro gran tesoro en Pachacama; redujo á paz un ejército de indios que alzados estaban. Descubrió muchos secretos en aquella jornada, aunque con grandes trabajos, y trajo harta plata y oro. Entonces herraron los caballos con plata, y algunos con oro, porque se gastaba menos, y está á falta de hierro. De la manera que dicho es se juntó grandísima cantidad de oro y plata en Caxamalca para rescate de Atabaliba.

Muerte de Guaxcar por mandado de Atabaliba.

Habían prendido (como después contaremos) Quizquiz y Calicuchama á Guaxcar, soberano señor de todos los reinos del Perú, casi al mismo tiempo que Atabaliba fué preso, ó muy poco antes. Pensó al principio Atabaliba que lo mataran, y por eso no quiso matar entonces á su hermano Guaxcar. Mas como tuvo palabra

de su libertad y vida por el grandísimo rescate que prometió á Pizarro, mudó pensamiento, y ejecutólo cuando supo lo que Guaxcar había dicho á Soto y Barco; lo cual en suma fué que se tornasen con él á Caxamalca, porque no le matasen aquellos capitanes, sabida la prision de su amo, que hasta allí no lo sabian. Que no solamente cumpliría hasta la raya, empero que hincharía toda la sala hasta la techumbre, de oro y plata, que era tres tanto mas, de los tesoros de Guaynacapa, su padre; y que Atabaliba, su hermano, dar no podría lo que prometió, sin robar los templos del sol; y finalmente, les dijo cómo él era el derecho señor de todos aquellos reinos, y Atabaliba tirano. Que por tanto, queria informar y ver al capitán de cristianos que deshacia los agravios, y le restituiría su libertad y reinos; ca su padre Guaynacapa le mandara al tiempo de su muerte fuese amigo de las gentes blancas y barbudas que viniesen allí, porque habian de ser señores de la tierra. Era gran señor aquel y prudente, y sabiendo lo que habian hecho españoles en Castilla de Oro, adivinó lo que harian allí si viniesen. Atabaliba pues temió mucho estas razones, que verdad eran, y mandó matar, y dijo á Pizarro que muriera de enojo y pesar. Algunos dicen que Atabaliba estuvo muchos días mustio, lloroso, sin comer ni decir por qué, para descubrir la voluntad de los españoles y engañar á Pizarro; al cabo de los cuales dijo por muchos ruegos cómo Quizquiz había muerto á Guaxcar, su señor, y lloró, al parecer de todos, muy de veras. Desculpóse de aquella muerte, y aun de la guerra y prision, diciendo que había hecho aquello por defenderse de su hermano, que le quiso tomar el reino de Quito y concertarse con él; que para eso le mandaba traer. Pizarro lo consoló y dijo que no tuviese pena, pues era la muerte tan natural á todos, y porque les llevaría poca ventaja, y porque, informado de la verdad, él castigaria los matadores. Como Atabaliba conoció que no se daban nada por la muerte de Guaxcar, hizo matar. Sea como fuere, que Atabaliba mató á Guaxcar, y tuvieron alguna culpa Hernando de Soto y Pedro del Barco en no lo acompañar y traer á Caxamalca, pues le toparon cerca, y él se lo rogó; pero ellos quisieron mas el oro del Cuzco que la vida de Guaxcar, con excusa de mensajeros, que no podian traspasar la orden y mandamiento de su gobernador. Todos afirman que si ellos le tomaran en su poder, no le matara Atabaliba, ni escondieran los indios la plata, oro, piedras y joyas del Cuzco y otras muchas partes; que, segun la fama de las riquezas de Guaynacapa, era sin comparacion muy mucho mas que lo que hubieron españoles, aunque fué barto, del rescate de Atabaliba. Dijo Guaxcar cuando lo mataban: «Yo he reinado poco, y menos reinará el traidor de mi hermano, ca le matarán como me mata.»

Las guerras y diferencias entre Guaxcar y Atabaliba.

Guaxcar, que sogá de oro significa, reinó pacíficamente por muerte de Guaynacapa, cuyo hijo mayor y legítimo era, en el Cuzco y todos los señoríos del padre, que muchos eran y grandes, excepto en el Quito, que de Atabaliba era. Mas no le duró mucho aquella paz, porque Atabaliba ocupó á Tumbabamba, provincia rica de minas y al Quito vecina, diciendo que le per-

tenecia como tierra de su herencia. Guaxcar, que dello fué presto sabidor, envió allá un caballero por la posta á rogar á su hermano que no alterase la tierra, y que le diese los orejones y criados de su padre; y á los cañares, que así se llamaban los de allí, guardasen la fe y obediencia que dada le tenian. El caballero retuvo los cañares en obediencia, y como vió en armas á los de Quito, envió á pedir á Guaxcar dos mil orejones para reprimir y castigar los rebeldes; y en viniendo, se juntaron con él todos los cañares, chaparras y paltas que vecinos eran. Atabaliba, que lo supo, fué luego sobre ellos con ejército, pensando estorbar ó deshacer aquella junta. Requirióles antes de la batalla que le dejasen libre la tierra que por herencia y testamento de su padre poseía; y como ellos respondieron ser de Guaxcar, universal heredero de Guaynacapa, dióles batalla. Perdióla, y fué preso en la puente de Tumbabamba yendo de huida. Otros dicen que Guaxcar movió la guerra, y que duró la pelea tres días, en los cuales murieron muchos de ambas partes, y á la fin Atabaliba fué preso; por cuya prision y vitoria hicieron los orejones del Cuzco alegrías y grandes borracherías. Atabaliba entonces, como era de noche, rompió una gruesa pared con una barra de plata y cobre que cierta mujer le dió, y fué al Quito sin que los enemigos lo sintiesen. Convocó sus vasallos, hizoles un gran razonamiento, persuadiéndolos á su venganza; díjoles que el sol le había convertido en culebra para salir de prision por un agujeruelo de la cámara donde lo tenian cerrado, y prometido vitoria si guerra diese. Ellos, ó porque les pareció milagro ó porque lo amaban, respondieron que muy presto estaban á seguirle; y así, allegó un muy buen ejército, con el cual volvió á los enemigos y los venció una y mas veces, con tanta matanza de gentes, que aun hoy dia hay grandes montones de huesos de los que allí murieron. Entonces metió á cuchillo sesenta mil personas de los cañares, y asoló á Tumbabamba, pueblo grande, rico y hermoso, que junto á tres caudales ríos estaba; con lo cual le cobraron todos miedo, y él ánimo de ser inga en cuantas tierras su padre tuvo. Comenzó luego á guerrear la tierra de su hermano; destruía y mataba á los que se le defendian, y á los que se le rendian daba muchas franquezas y el despojo de los muertos. Por esta libertad lo seguian unos y por la crueldad otros; y así, conquistó hasta Túmbez y Caxamalca, sin mayor contradiccion que la de Puna, donde, segun ya conté, fué herido. Envió muy gran ejército con Quizquiz y Calicuchama, sabios, valientes y amigos suyos, contra Guaxcar, que del Cuzco venia con innumerable hueste. Cuando entrambos ejércitos cerca estuvieron, quisieron los capitanes de Atabaliba tomar los enemigos por través, y apartáronse del camino real. Guaxcar, que poco entendia de guerra, se desvió á caza, dejando ir su ejército adelante por hácia donde caminaban los contrarios, sin echar corredores ni pensar en peligro ninguno, y topó con el campo contrario en parte que huir no pudo. Pelearon él y ochocientos hombres que llevaba hasta ser rodeado de los enemigos y presos. Apenas eran rendidos, cuando á mas andar venian á socorrellos; y eran tantos, que ligeramente lo librarán matando á los de Atabaliba, si Calicuchama y Quizquiz no los engaña-

ran diciendo estuviesen quedos, si no, que matarian á Guaxcar; y pusieronse á ello. Entonces temió él, y mandóles soltar las armas y llegar á consejo veinte señores y capitanes los mas principales de su ejército á dar medio entre él y su hermano, pues lo querian, aunque fingidamente, aquellos dos capitanes; los cuales descabezaron en llegando á los veinte, y dijeron que otro tanto harian á Guaxcar si no se iban cada uno á su casa. Con esta crueldad y amenaza se deshizo el ejército, y quedó Guaxcar preso y solo en poder de Quizquiz y Calicuchama, que lo mataron, como dicho habemos, por mandado de Atabaliba.

Repartimiento de oro y plata de Atabaliba.

Dende á muchos días que Atabaliba fué preso, dieron prisa los españoles que lo prendieron á la reparticion de su despojo y rescate, aunque no era tanto cuanto prometiera, queriendo luego cada uno su parte; ca temian no se levantasen los indios y se lo quitasen, y aun los matasen sobre ello. No querian asimesmo esperar que cargasen mas españoles antes de repartillo. Francisco Pizarro hizo pesar el oro y plata; después de quilatado, hallaron cincuenta y dos mil marcos de plata y un millon y trecientos y veinte y seis mil y quinientos pesos de oro; suma y riqueza nunca vista en uno. Cupo al Rey, de su quinto, cerquita de cuatrocientos mil pesos. Cupieron á cada español de caballo ocho mil y novecientos pesos de oro y trecientos y setenta marcos de plata; á cada peon cuatro mil y cuatrocientos y cincuenta pesos de oro y ciento y ochenta marcos de plata; á los capitanes á treinta y á cuarenta mil pesos. Francisco Pizarro hubo mas que ninguno, y como capitán general, tomó del monton el tablon de oro que Atabaliba traía en su litera, que pesaba veinte y cinco mil castellanos. Nunca soldados enriquecieron tanto, tan breve ni tan sin peligro, ni jugaron tan largo; ca hubo muchos que perdieron su parte á los dados y dobladilla. Tambien se encarecieron las cosas con el mucho dinero, y llegaron á valer unas calzas de paño treinta pesos, unos borceguis otros tantos, una capa negra ciento, una mano de papel diez, un azumbre de vino veinte, y un caballo tres y cuatro, y aun cinco mil ducados; en el cual precio se anduvieron algunos años después. Tambien dió Pizarro á los que con Almagro vinieron, aunque no era obligado, á quinientos y á mil ducados, porque no se amotinassen; ca, segun se lo habian escrito, él y ellos venian con propósito de conquistar por sí aquella tierra, y hacerle cuanto mal y enojo y afrenta pudiesen; mas Almagro ahorcó al que tal escribió, y sabida la prision y riqueza de Atabaliba, se fué á Caxamalca y se juntó con Pizarro por haber su mitad, conforme á la capitulacion y compañía que tenian hecha, y estuvieron muy amigos y conformes. Envió Pizarro el quinto y relacion de todo al Emperador con Fernando Pizarro, su hermano; con el cual se vinieron á España muchos soldados ricos de veinte, treinta, cuarenta mil ducados; en fin, trajeron casi todo aquel oro de Atabaliba, é hincharon la contratación de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo.

Muerte de Atabaliba.

Urdióse la muerte de Atabaliba por donde menos

pensaba; ca Filipillo, lengua, se enamoró y amigo de una de sus mujeres, por casar con ella si él muriera. Dijo á Pizarro y á otros que Atabaliba juntaba de secreto gente, para matar los cristianos y librarse. Como esto se comenzó á sonruir entre los españoles, comenzaron ellos á creerlo; y unos decian que lo matasen para seguridad de sus vidas y de aquellos reinos; otros que lo enviasen al Emperador, y no matasen tan gran principe, aunque culpa tuviese. Esto fuera mejor; mas hicieron lo otro, á instancia, segun muchos cuentan, de los que Almagro llevó; los cuales pensaban, ó se lo decian, que mientras Atabaliba viviese, no ternian parte en oro ninguno, hasta hinchar la medida de su rescate. Pizarro, en fin, determinó matarlo, por quitarse de cuidado, y pensando que muerto ternian menos que hacer en ganar la tierra. Hizole proceso sobre la muerte de Guaxcar, rey de aquellas tierras, y probósele tambien que procuraba matar los españoles. Mas esto fué maldad de Filipillo, que declaraba los dichos de los indios que por testigos tomaban, como se le antojaba, no habiendo español que lo mirase ni entendiese. Atabaliba negó siempre aquello, diciendo que no cabía en razon tratar él tal cosa, pues no podría salir con ella vivo por las muchas guardas y prisiones que tenia; amenazó á Filipillo, y rogó que no le creyesen. Cuando la sentencia oyó, se quejó mucho de Francisco Pizarro, que habiéndole prometido de soltarlo por rescate, lo mataba; rogóle que lo enviase á España, y que no ensangrentase sus manos y fama en quien jamás le ofendió, y lo había hecho rico. Cuando le llevaban á justiciar pidió el bautismo por consejo de los que lo iban consolando; que otramente vivo lo quemaran; baptizaronlo, y ahogáronlo á un palo atado; enterráronle á nuestra usanza entre otros cristianos con pompa; puso luto Pizarro, é hizole honradas obsequias. No hay que reprehender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después; ca todos ellos acabaron mal, como en el proceso de su historia veréis. Murió Atabaliba con esfuerzo, y mandó llevar su cuerpo al Quito, donde los reyes, sus antepasados por su madre, estaban. Si de corazon pidió el bautismo, dichoso él, y si no, pagó las muertes que había hecho. Era bien dispuesto, sabio, animoso, franco y muy limpio y bien traído; tuvo muchas mujeres, y dejó algunos hijos. Usurpó mucha tierra á su hermano Guaxcar; mas nunca se puso la borla hasta que lo tuvo preso; ni escupia en el suelo, sino en la mano de una señora muy principal, por majestad. Los indios se maravillaron de su temprana muerte, y loaban á Guaxcar por hijo del sol, acordándose cómo adivinara cuán presto había de ser muerto Atabaliba, que matarlo mandaba.

Líraje de Atabaliba.

Los hombres mas nobles, ricos y poderosos de todas las tierras que llamamos Perú, son los ingas; los cuales siempre andan trasquilados y con grandes cereillos en las orejas, y no los traen colgados, sino engeridos dentro de tal manera, que se les engrandan, y por esto los llaman los nuestros orejones. Su naturaleza fué de Tiquicaca, que es una laguna en el Collao, cuarenta leguas del Cuzco, la cual quiere decir isla de plomo; ca de muchas

isletas que tiene pobladas, alguna lleva plomo, que se llama tiqui. Boja ochenta leguas; rescibe diez ó doce rios grandes y muchos arroyos; despídolos por un solo rio, empero muy ancho y hondo, que va á parar en otra laguna cuarenta leguas hácia el oriente, donde se sume, no sin admiracion de quien la mira. El principal inga que sacó de Tiquicaca los primeros, que los acaudilló, se nombraba Zapalla, que significa solo señor. Tambien dicen algunos indios ancianos que se llamaba Viracocha, que quiere decir grasa del mar, y que trajo su gente por la mar. Zapalla, en conclusion, afirman que pobló y asentó en el Cuzco, de donde comenzaron los ingas á guerrear la comarca, y aun otras tierras muy léjos, y pusieron allí la silla y corte de su imperio. Los que mas fama dejaron por sus excelentes hechos fueron Topa, Opangui y Guaynacapa, padre, agüelo y bisagüelo de Atabaliba. Empero á todos los ingas pasó Guaynacapa, que mozo rico suena; el cual, habiendo conquistado el Quito por fuerza de armas, se casó con la señora de aquel reino, y hubo en ella á Atabaliba y á Illescas. Murió en Quito; dejó aquella tierra á Atabaliba, y el imperio y tesoros del Cuzco á Guaxcar. Tuvo, á lo que dicen, doscientos hijos en diversas mujeres, y ochocientas leguas de señorío.

Corte y riqueza de Guaynacapa.

Residian los señores ingas en el Cuzco, cabeza de su imperio. Guaynacapa, empero, continuó mucho su vivienda en el Quito, tierra muy apacible, por haberla él conquistado. Traía siempre consigo muchos orejones, gente de guerra y armada, por guarda y reputacion; los cuales andaban con zapatos y plumajes y otras señales de hombres nobles y privilegiados por el arte militar. Servíase de los hijos mayores ó herederos de todos los señores de su imperio, que muy muchos eran, y cada uno se vestía á fuer de su tierra, porque todos supiesen de dónde eran; y así, había tanta diversidad de trajes y colores, que á maravilla honraban y engrandescian su corte. Tenia tambien muchos señores grandes y ancianos en su corte para consejo y estado; estos, aunque traían gran casa y servicio, no eran iguales en los asientos y honras, ca unos precedían á otros; unos andaban en andas, otros en hamacas, y algunos á pié. Unos se sentaban en banquillos altos y grandes, otros en bajos, y otros en el suelo. Empero siempre que cualquiera de todos ellos venia de fuera á la corte, se descalzaba para entrar en el palacio, y se cargaba algo á los hombros, para hablar con Guaynacapa, que pareciese vasallaje. Llegaban á él con mucha humildad, y hablábanle teniendo los ojos bajos, por no lo mirar á la cara: tanto acatamiento le tenían. El estaba con mucha gravedad, y respondia en pocas palabras; escupia, cuando en casa estaba, en la mano de una señora, por majestad. Comia con grandísimo aparato y bullicio de gente; todo el servicio de su casa, mesa y cocina era de oro y de plata, y cuando menos de plata y cobre, por mas recio. Tenia en su recámara estatuas huecas de oro, que parecían gigantes, y las figuras al propio, y tamaño de cuantos animales, aves, árboles y yerbas produce la tierra, y de cuantos peces cria la mar y agua de sus reinos. Tenia asimismo sogas, costales, cestas y trojes de

oro y plata; rimeros de palos de oro que pareciesen leña rajada para quemar; en fin, no había cosa en su tierra que no la tuviese de oro contrahacha, y aun dicen que tenían los ingas un verjel en una isla cerca de la Puna, donde se iban á bolgar cuando querían mar, que tenia la hortaliza, las flores y árboles de oro y plata: invencion y grandeza hasta entonces nunca vista. Allende de todo esto, tenia infinitísima cantidad de plata y oro por labrar en el Cuzco, que se perdió por la muerte de Guaxcar; ca los indios lo escondieron, viendo que los españoles se lo tomaban y enviaban á España. Muchos lo han buscado después acá, y no le hallan: por ventura sería mayor la fama que la cuantía, aunque le llamaban mozo rico, que tal quiere decir Guaynacapa. Todas estas riquezas heredó Guaxcar juntamente con el imperio, y no se habla dél tanto como de Atabaliba, no sin agravio suyo; debe ser porque no vino á poder de nuestros españoles.

Religion y dioses de los ingas y otras gentes.

Hay en esta tierra tantos ídolos como oficios, no quiero decir hombres, porque cada uno adora lo que se le antoja. Empero es ordinario al pescador adorar un tiburón ó algun otro pez; al cazador un león, ó un oso, ó una raposa y tales animales, con otras muchas aves y sabandijas; el labrador adora el agua y tierra; todos, en fin, tienen por dioses principalísimos al sol y luna y tierra, creyendo ser esta la madre de todas las cosas, y el sol, juntamente con la luna, su mujer, criador de todo; y así, cuando juran, tocan la tierra y miran al sol. Entre sus muchas guacas (así llaman los ídolos) había muchas con báculos y mitras de obispos; mas la causa dello aun no se sabe; y los indios cuando vieron obispo con mitra, preguntaban si era guaca de los cristianos. Los templos, especialmente del sol, son grandes y suntuosos y muy ricos; el de Pachacama, el del Collao, y del Cuzco y otros, estaban aferrados por dentro, de tablas de oro y plata, y todo su servicio era de lo mismo, que no fué poca riqueza para los conquistadores. Ofrecían á los ídolos muchas flores, yerbas, frutas, pan, vino y humo, y la figura de lo que pidian hecha de oro y plata; y á esta causa estaban tan ricos los templos. Eran eso mismo los ídolos de oro y plata, aunque muchos había de piedra, barro y palo. Los sacerdotes vesten de blanco; andan poco entre la gente; no se casan; ayunan mucho, aunque ningun ayuno pasa de ocho dias, y es al tiempo de sembrar y segar, y de coger oro, y hacer guerra ó hablar con el diablo, y aun algunos se quiebran los ojos para semejante habla; y creo que lo hacian de miedo, porque todos ellos se atapan los ojos cuando hablan con él; y hablábanle muchas veces para responder á las preguntas que los señores y otras personas hacen. Entran en los templos llorando y guayando, que guaca eso quiere decir. Van de buces por tierra hasta el ídolo, y hablan con él en lenguaje que los seglares no entienden. No le tocan con las manos sin tener en ellas unas toallas muy blancas y limpias; sotierran dentro el templo las ofrendas de oro y plata. Sacrifican hombres, niños, ovejas, aves, y animales bravos y silvestres que ofrecen cazadores. Catan los corazones, que son muy agoreros, para ver las buenas ó malas señales

del sacrificio, y cobrar reputacion de santos adevinos, engañando la gente. Vocean reciamente á los tales sacrificios, y no callan todo aquel día y noche, especial si es en el campo, invocando los demonios; untan con la sangre los rostros del diablo y puertas del templo, y aun rocian las sepulturas. Si el corazón y livianos muestran alegre señal, bailan y cantan alegremente, y si triste, tristemente; mas tal cual fuere la señal, no dejan de emborracharse muy bien los que se hallan en la fiesta. Muchas veces sacrifican sus propios hijos; que pocos indios lo hacen, por mas crueles y bestiales que son todos ellos en su religion; mas no los comen, sino sécanlos y guárdanlos en grandes tinajones de plata. Tienen casas de mujeres, cerradas como monesterios, de donde jamás salen; capan y aun castran los hombres que las guardan, y aun les cortan narices y bezos, porque no los codiciasen ellas; matan á la que se empuña y peca con hombre; mas si jura que la empuñó Pachacama, que es el sol, castíganla de otra manera por amor de la casta; al hombre que á ellas entra cuelgan de los piés. Algunos españoles dicen que ni eran vírgenes ni aun castas; y es cierto que corrompe la guerra muchas buenas costumbres. Hilaban y tejían estas mujeres ropa de algodón y lana para los ídolos, y quemaban la que sobraba con huesos de ovejas blancas, y aventaban los polvos hácia el sol.

La opinion que tienen acerca del diluvio y primeros hombres.

Dicen que al principio del mundo vino por la parte septentrional un hombre que se llamó Con, el cual no tenía huesos. Andaba mucho y ligero, acortaba el camino abajando las sierras y alzando los valles con la voluntad solamente y palabra, como hijo del sol, que decia ser. Hinchó la tierra de hombres y mujeres que crió, y dióles mucha fruta y pan, con lo demás á la vida necesario. Mas empero, por enojo que algunos le hicieron, volvió la buena tierra que les había dado en arenales secos y estériles, como son los de la costa; y les quitó la lluvia, ca nunca después acá llovió allí. Dejóles solamente los rios, de piadoso, para que se mantuviesen con regadío y trabajo. Sobrevino Pachacama, hijo tambien del sol y de la luna, que significa criador, y desterró á Con, y convirtió sus hombres en los gatos, gesto de negros que hay; tras lo cual crió él de nuevo los hombres y mujeres como son agora, y proveyóles de cuantas cosas tienen. Por gratificacion de tales mercedes tomáronle por Dios, y por tal lo tuvieron y honraron en Pachacama, hasta que los cristianos lo echaron de allí, de que muy mucho se maravillaban. Era el templo de Pachacama que cerca de Lima estaba, famosísimo en aquellas tierras y muy visitado de todos por su devocion y oráculos; ca el diablo aparecía y hablaba con los sacerdotes que allí moraban. Los españoles que fueron allá con Fernando Pizarro, tras la prision de Atabaliba, lo despojaron del oro y plata, que fué mucha, y después de sus oráculos y visiones, que cesaron con la cruz y sacramento; cosa para los indios nueva y espantosa. Dicen asimismo que llovió tanto un tiempo, que anegó todas las tierras bajas y todos los hombres, sino los que cupieron en ciertas cuevas de unas muy altas sierras, cuyas chiquitas puertas taparon de manera que agua

no les entrase; metieron dentro muchos bastimentos y animales. Cuando llover no sintieron, echaron fuera dos perros; y como tornaron limpios, aunque mojados, conocieron no haber menguado las aguas. Echaron después mas perros, y tornando enlodados y enjutos, entendieron que habían cesado, y salieron á poblar la tierra; y el mayor trabajo que para ello tuvieron y estorbo, fueron las muchas y grandes culebras que de la humedad y cieno del diluvio se criaron, y agora las hay tales; mas al fin las mataron y pudieron vivir seguros. Tambien creen la fin del mundo; empero que precederá primero grandísima seca, y se perderán el sol y luna, que adoran; y por aquesto dan grandes alaridos, y lloran cuando hay eclipses, mayormente del sol, temiendo que se van á perder él y ellos y todo el mundo.

La toma del Cuzco, ciudad riquísima.

Informado Francisco Pizarro de la riqueza y ser del Cuzco, cabeza del imperio de los ingas, dejó á Caxamaleca y fué allá. Caminó á recado, porque Quizquiz andaba corriendo la tierra con gran ejército que hiciera de la gente de Atabaliba y de otra mucha. Topó con ellos en Jauja, y sin pelear llegó á Vilcas, donde Quizquiz, pensando aprovecharse de los enemigos, por tener la cuesta, dió sobre la avanguardia, que Soto llevaba; mató seis españoles é hirió otros muchos, y áina los desbaratara; mas sobrevino la noche, que los despartió. Quizquiz se subió á lo alto con alegría, y Soto se rehizo con los que Almagro trajo. Apenas era amanecido el día siguiente, cuando ya peleaban los indios, Almagro, que capitaneaba, se retrajo á lo llano para se aprovechar allí dellos con los caballos. Quizquiz, no entendiendo aquel ardid ni el nuevo socorro, pensó que huían, y comenzó á ir tras ellos, peleando sin orden. Revolvieron los de caballo, alancearon infinitos indios de los de Quizquiz, que con el tropel de los de caballo y espesa niebla que hacía, no sabían de sí, é huyeron. Llegó Pizarro con el oro y resto del ejército; estuvo allí cinco dias, á ver en qué paraba la guerra. Vino Mango, hermano de Atabaliba, á dárselo; él lo rescibió muy bien, y lo hizo rey, poniéndole la borla que acostumbran los ingas. Siguió su camino con grandes compañías de indios, que á servir su nuevo inga venían. Llegando cerca del Cuzco, se descubrieron muchos grandes fuegos, y envió corriendo allá la mitad de los caballos á estorbar ó remediar el fuego, creyendo que los vecinos quemaban la ciudad porque no gozasen della los cristianos; empero no era fuego para daño sino para señal y humo. Salieron tantos hombres con armas á ellos, que les hicieron huir á puras pedradas la sierra abajo. Llegó en esto Pizarro, que amparó los huidos, y peleó con los perseguidores tan animosamente, que los puso en huida. Ellos, que se veían huidos y acosados, dejaron las armas y pelea, y á mas correr se metieron en la ciudad. Tomaron su hato, y saliéronse luego aquella misma noche los que sustentaban la guerra; entraron otro día los españoles en el Cuzco sin contradiccion ninguna, y luego comenzaron unos á desentablar las paredes del templo, que de oro y plata eran; otros á desenterrar las joyas y vasos de oro que con los muertos estaban, otros á tomar ídolos, que de lo mismo eran; saquearon tambien las ca-

sas y la fortaleza, que aun tenia mucha plata y oro de lo de Guaynacapa. En fin, hubieron allí y á la redonda mas cantidad de oro y plata que con la prision de Atabaliba habian habido en Caxamalca. Empero, como eran muchos mas que no allá, no les cupo á tanto; por lo cual, y por ser segunda vez y sin prision de rey, no se sonó acá mucho. Tal español hubo que halló, andando en un espeso soto, sepulcro entero de plata, que valia cincuenta mil castellanos; otros los ballaron de menos valor, mas hallaron muchos, ca usaban los ricos hombres de aquellas tierras enterrarse así por el campo á par de algun ídolo. Anduvieron asimismo buscando el tesoro de Guaynacapa y reyes antiguos del Cuzco, que tan afamado era; pero ni entonces ni después se halló. Mas ellos, que con lo habido no se contentaban, fatigaban los indios cavando y trastornando cuanto habia, y aun les hicieron hartos malos tratamientos y crueldades porque dijese del y mostrasen sepulturas.

Calidades y costumbres del Cuzco.

El Cuzco está mas allá de la Equinocial diez y siete grados. Es áspera tierra y de mucho frio y nieves. Tienen casas de adobes de tierra, cubiertas con esparto, que hay mucho por las sierras; las cuales llevan tambien de suyo nabos y altramuces. Los hombres andan en cabello; mas véndanse las cabezas: visten camisas de lana y pañicos. Las mujeres traen sotanas sin mangas, que fajan mucho con cintas largas, y mantellinas sobre los hombros, prendidas con gordos alfileres de plata ó cobre, que tienen las cabezas anchas y agudas, con que cortan muchas cosas. Comen cruda la carne y el pescado. Aquí son propiamente los orejones, que se abren y engrandan mucho las orejas, y cuelgan dellas unos sortijones de oro. Casan con cuantas quieren, y aun algunos con sus propias hermanas; mas los tales son soldados. Castigan de muerte los adulterios, sacan los ojos al ladrón, que me parece su proprio castigo. Guardan mucha justicia en todo, y aun dicen que los mismos señores la ejecutan. Heredan los sobrinos, y no los hijos; solamente heredan los ingas á sus padres, como mayorazgos. El que toma la borla ayuna primero. Todos se entierran: los pobres y oficiales llanamente, aunque les ponen sobre las sepulturas una alabarda ó morrion si es soldado, un martillo si platero, y si cazador un arco y flechas. Para los ingas y señores hacen grandes hoyos ó bóveda, que cubren de mantas, donde cuelgan muchas joyas, armas y plumajes; ponen dentro vasos de plata y oro con agua y vino y cosas de comer. Meten tambien algunas de sus amadas mujeres, pajes y otros criados que los sirvan y acompañen; mas estos no van en carne, sino en madera. Cúbrenlo todo de tierra, y echan de continuo por encima de aquellos sus vinos. Cuando españoles abrian estas sepulturas y desparcian los huesos, les rogaban los indios que no lo hiciesen, porque juntos estuviesen al resucitar; ca bien creen la resurreccion de los cuerpos y la inmortalidad de las almas.

La conquista del Quito.

Ruminagui, que con cinco mil hombres huyó de Caxamalca cuando Atabaliba fué preso, caminó derecho al

Quito, y alzóse con él, barruntando la muerte de su rey. Hizo muchas cosas como tirano. Mató á Illescas porque no le impidiese su tiranía, yendo por los hijos de Atabaliba, su hermano de padre y madre, y á rogalle mantuviese lealtad y paz y justicia en aquel reino. Desollóle, y hizo del cuero un tambor, que no hacen mas los diablos. Desenterraron el cuerpo de Atabaliba dos mil indios de guerra, y lleváronlo al Quito, como él mandara. Ruminagui los recibió en Liribamba muy bien, y con la pompa y cerimonias que á los huesos de tan gran príncipe acostumbran. Hizoles un banquete y borrachera, y matólos, diciendo que por haber dejado matar á su buen rey Atabaliba. Tras esto juntó mucha gente de guerra, y corrió la provincia de Tumbamba. Pizarro escribió á Sebastian de Benalcázar, que por su teniente estaba en Sant Miguel, fuese al Quito á castigar á Ruminagui, y remediar á los cañares, que se quejaban y pidian ayuda. Benalcázar se partió luego con docientos peones españoles y ochenta de caballo, y los indios de servicio y carga que le paresció. Acudian al Perú con la fama del oro tantos españoles, que aína se despoblaron Panamá, Nicaragua, Cuauhtemallan, Cartagena y otros pueblos é islas; y á esta jornada fueron de buena gana, porque decian ser el Quito tan rico como el Cuzco, aunque habian de caminar ciento y veinte leguas antes de llegar allá, y pelear con hombres mañosos y esforzados. Ruminagui, que desto aviso tuvo, esperó los españoles á la raya de su tierra con doce mil hombres bien armados á su manera; hizo muchas cavas y albarradas en un mal paso, que guardar propuso: llegaron los españoles allí, acometieron el fuerte los de pie, rodearon los de caballo, y pasaron á las espaldas, y en breve espacio de tiempo rompieron el escuadron y mataron muchos indios. Ellos hirieron muchos españoles y mataron algunos, y tres ó cuatro caballos, con cuyas cabezas hicieron alegrías; ca preciaban mas degollar un animal de aquellos, que tanto los perseguia, que diez hombres, y siempre las ponian después donde las viesan cristianos, con muchas flores y ramos, en señal de victoria. Re hizo su ejército Ruminagui, y probando ventura, dióles batalla en un llano, en la cual le mataron infinitos, ca los caballos pudieron bien correr y revolverse allí. Empero no perdió por eso ánimo, aunque no osó pelear mas en batalla ni de cerca. Hincó una noche muchas estacas agudas por arriba en un llano, y dió muestra de batalla para que arremetiesen los caballos y se mancassen. Benalcázar lo supo de las espías que traía, y desvióse de la estacada. Los indios entonces se retiraron primero que llegase, y hicieron en otro valle muchos hoyos grandes para que cayesen los caballos, y enramados para que no los viesen. Los españoles pasaron muy lejos dellos, ca fueron avisados, y quisieron pelear, mas no tuvieron lugar. Hicieron luego los indios en el camino mesmo infinitos hoyuelos del tamaño de la pata de caballo, y pusieron cerca para que los acometiesen, y mancassen los caballos allí. Mas como ni en aquel ni en los otros sus primeros ardides no pudieron engañar los españoles, se fueron al Quito, diciendo que los barbudos eran tan sabios como valientes. Dijo Ruminagui á sus mujeres: «Alegráos, que ya vienen los cristianos, con quien os podréis holgar.» Ruyéronse algunas, como

mujeres, no pensando quizá mal ninguno. El entonces degolló las risueñas, quemó la recámara de Atabaliba con mucha y rica ropa, y desamparó la ciudad. Entró en Quito Benalcázar con su ejército, sin estorbo; empero no halló la riqueza publicada, que mucho desplugo á todos los españoles. Desenterraron muertos, y ganaron para la costa. Ruminagui, ó enojado desto, ó arrepentido por no haber quemado á Quito, ó por matar los cristianos, trasnochó con su gente y puso fuego á la ciudad por muchos cabos, y sin esperar al dia ni á los españoles, se volvió antes que amaneciese.

Lo que aconteció á Pedro de Albarado en el Perú.

Publicada la riqueza del Perú, negoció Pedro de Albarado con el Emperador una licencia para descubrir y poblar en aquella provincia donde no estuviesen españoles; y habida, envió á Garci Holguin con dos navios á entender lo que allá pasaba; y como volvió loando la tierra, y espantado de las riquezas que con la prision de Atabaliba todos tenían, y diciendo que tambien eran muy ricos Cuzco y el Quito, reino cerca de Puerto-Viejo, determinó de ir allá él mismo. Armó en su gobernacion, el año de 1535, mas de cuatrocientos españoles y cinco naos, en que metió muchos caballos. Tocó en Nicaragua una noche, y tomó por fuerza dos buenos navios que se aderezaban para llevar gente, armas y callos á Pizarro. Los que habian de ir en aquellos navios holgaron de pasar con él antes que esperar otros; y así, tuvo quinientos españoles y muchos caballos. Desembarcó en Puerto-Viejo con todos ellos, y caminó hácia Quito, preguntando siempre por el camino. Entró en unos llanos de muy espesos montes, donde aína perescieran sus hombres de sed; la cual remediaron acaso, ca toparon unas muy grandes cañas llenas de agua. Mataron la hambre con carne de caballos, que para eso degollaban, aunque valian á mil y mas ducados. Llovióles muchos dias ceniza, que lanzaba el volcán del Quito á mas de ochenta leguas, el cual echa tanta llama y trae tanto ruido cuando hierva, que se ve mas de cien leguas, y segun dicen, espanta mas que truenos y relámpagos. Abrieron á manos buena parte del camino: tales boscajes habia. Pasaron tambien unas muy nevadas sierras, y maravilláronse del mucho nevar que hacia tan debajo la Equinocial. Heláronse allí sesenta personas; y cuando fuera de aquellas nieves se vieron, daban gracias á Dios, que dellas los librara, y daban al diablo la tierra y el oro, tras que iban hambrientos y muriendo. Hallaron muchas esmeraldas y muchos hombres sacrificados; ca son los de allí muy crueles idólatras, viven como sodomitas, hablan como moros, y parecen judíos.

Cómo Almagro fué á buscar á Pedro de Albarado.

Quizquiz, capitán de Atabaliba, viendo enajenarse el imperio de los ingas, procuró restaurarlo cuanto en su mano fué, ca tenia gran autoridad entre los orejones. Dió la borla á Paulo, hijo de Guaynacapa. Recogió mucha gente que andaba descarriada con la pérdida del Cuzco, y púsola en la provincia que llaman Condesuyo, para dañar los cristianos. Pizarro envió allá á Hernando de Soto con cincuenta caballos; mas cuando lle-

gó era partido Quizquiz á Jauja con pensamiento de matar y robar los españoles que allí estaban con el tesoro Alonso Riquelme. Acometiéolos, mas defendiéronse. Fué Pizarro avisado desto, y despachó corriendo á Diego de Almagro con muchos de caballo; ca le mucho escocia haber dejado en Jauja gran dinero con chico recado, y tambien para que fuese, después de socorrido Jauja, á saber de Pedro de Albarado, que tenia nueva cómo venia al Perú con mucha gente; y, ó no consentirle desembarcar, ó comprarle la armada. Fué pues Almagro, juntóse con Soto, y corrieron entrambos de Jauja á Quizquiz; y con tanto, se partió para Tumbes á mirar si venia ó andaba por aquella costa Pedro de Albarado con su flota. Supo allí cómo Albarado desembarcara en Puerto Viejo. Volvió á Sant Miguel por mas hombres y caballos, y caminó á Quito. En llegando allá se le sometió Benalcázar. Comenzó á capitanear, conquistó algunos pueblos y palenques de aquel reino que no se habian podido ganar; pasó el rio de Liribamba con mucho peligro, por ir muy crescido y por haber quemado los indios la puente, los cuales estaban á la otra ribera con armas. Peleó con ellos, venció y prendió al capitán, que le dijo cómo á dos jornadas de allí estaban quinientos cristianos combatiendo un peñol del señor Zopozopagui. Almagro envió luego siete de caballo á ver si aquello era verdad para proveer lo que conviniese, siendo Albarado ó alguno otro que quisiese usurpar aquella tierra. Albarado cogió los siete corredores, informóse dellos muy por entero de todo lo que Francisco Pizarro habia hecho y hacia, y del mucho oro y gente que tenia, y cuantos eran los españoles que con Almagro estaban. Soltólos, y acercóse al real de Almagro, con propósito de pelear con él y echarlo de allí. Almagro, que lo supo, temió; y por no arriescar su vida y su honra si á las manos viniesen, ca tenia doblada gente menos, acordó irse al Cuzco y dejar allí á Benalcázar, como primero estaba. Filipillo de Pohechos, que descontento y enojado estaba, se pasó al real de Albarado con un indio cacique, y le dijo la determinacion de Almagro; y si le queria prender, que fuese luego aquella misma noche, y hallaria poca resistencia, y él seria la guia. Ofrecióle asimesmo de acabar con los señores y capitanes de toda aquella tierra que fuesen sus amigos y tributarios, que ya lo habia recabado con los que tenia presos Almagro. Holgó Albarado con tales nuevas; caminó con su gente, y fué á Liribamba con las banderas tendidas y órden de pelear. Almagro, que sin gran vergüenza suya no podia partirse, esforzó sus españoles, hizo dos escuadras dellos, y aguardó los contrarios entre unas paredes, por mas fuerte. Ya estaban á vista unos de otros para romper, cuando comenzaron muchos de ambas partes á decir: «Paz, paz.» Estuvieron todos quedos, y pusieron treguas por aquel dia y noche para que se viesen y hablasen entrambos capitanes. Tomó la mano del negocio el licenciado Caldera, de Sevilla, y concertólos así: que diese Albarado toda su flota, como la traía, á Pizarro y Almagro por cien mil pesos de buen oro, y que se apartase de aquel descubrimiento y conquista, jurando de nunca volver allá en vida dellos; el cual concierto no se publicó entonces por no alterar los de Albarado, que bravos y deseosos